

CARNAVAL Y NACIÓN

Ignacio Abello

La construcción de lenguajes que permiten crear diversas formas de comprender el mundo, que a su turno desarrollan conductas, costumbres, valores, creencias y los modos de realización de ellas, es sin duda una de las formas específicas con la cual podemos identificar el concepto de cultura.

Pero es claro que esta no es la única posibilidad de comprender el problema, pues nos podemos ubicar desde otra perspectiva según la cual esos lenguajes, lo que hacen es explicar lo que es el mundo y lo que son los valores, las conductas, costumbres y creencias. Esta segunda posición parte del hecho de la existencia de realidades concretas y objetivas que deben ser desentrañadas, para que por medio del lenguaje correcto podamos aproximarnos a ellas y conocerlas tal y como son.

En esta presentación partimos de la primera tesis, es decir que el mundo y lo que en él sucede, en lo que se refiere a su comprensión y conocimiento, es el resultado de un lenguaje explicativo que a su turno ha reemplazado a otro que igualmente explicaba los fenómenos, pero que por razones que no son pertinentes desarrollar en este trabajo, dejaron de satisfacer a los estudiosos del tema, ya sea porque aparecieron nuevos fenómenos que no pueden ser comprendidos desde esa teoría, o porque surgió una nueva que permite conocer aspectos y perspectivas que la anterior no tenía en cuenta y en consecuencia no podía comprender ni explicar.

Para ir centrándonos en nuestro tema nos encontramos con conceptos como los de cultura y su relación con la Nación, o solamente el de cultura, o solamente el de Nación que vistos desde un lenguaje concreto y específico como es el de la Constitución de 1886 que dice y ordena una cosa; y otra cosa muy distinta, hablando y ordenando a propósito de los mismo conceptos, lo que dice la Constitución de 1991.

En efecto, para la Constitución de 1886 el concepto de cultura y Nación no tiene ningún problema en la medida que tanto la una como la otra están dadas y se parte del hecho de la existencia de una cultura colombiana y de una Nación colombiana, por el sólo hecho de existir un territorio y ser ciudadano colombiano. Más aún, para la Constitución del 86, la existencia de grupos indígenas que habitan ese territorio nacional pero que tienen otras prácticas culturales, no le es problema en el sentido de que pueda dañar su visión de nacionalidad y cultura unitaria; no, simplemente lo resuelve declarándolos

visión de nacionalidad y cultura unitaria; no, simplemente lo resuelve declarándolos colombianos incapaces igual que a los niños. Es decir, que se parte del hecho de que tanto los unos como los otros algún día pueden llegar a ser capaces, aunque pueden de la misma manera que los locos, permanecer en la incapacidad.

Esta manera de concebir la nacionalidad y la cultura que hoy podría parecerle a muchos -no a todos- absurda, obedece como lo ha sido desde la antigua Grecia, es decir a la tradición de Occidente específicamente, a una teoría, teoría que en este caso proviene del siglo XVIII, según la cual la unidad de la Nación y la totalidad de ella, así como los valores y creencias que en ella se desarrollan son los mismos para todos, y todos deben obedecer a los principios allí expuestos, por ser racionales y éticamente correctos y en consecuencia buenos y verdaderos, en una palabra, universales. Por el único intersticio por el cual se podía introducir una variante en esa comprensión del mundo, era por el de que estos valores y principios eran un deber ser y algunos habían accedido a ellos y otros no, pero esa variante lo único que permitió, fue la justificación de relaciones de dominación no solamente de orden económico sino también cultural.

Con lo anterior no pretendo hacer un juicio de valor y descalificar a esa teoría, y esto por dos razones, una, porque no pienso que las relaciones de dominación vayan a desaparecer aunque seguramente se modificaran las modalidades, como de hecho se han modificado, de ejercer esas relaciones, tal y como lo teoriza Michel Foucault y otra, porque no considero que desde donde hablo sea esta sí la verdadera manera de comprender y conocer. Pero lo anterior no quiere decir que no se pueda hacer un análisis de las implicaciones y consecuencias de orden político y social que una teoría como está plasmada específicamente en la Constitución colombiana de 1886, pudo haber traído, en la medida que no le otorgó los mismos derechos a todos, y no me refiero únicamente a los indígenas, aunque pretendiera la universalidad de los mismos.

Pero si bien es cierto que esos conceptos de Nación y de cultura eran fáciles de comprender y de explicar en la medida que no existían diferencias culturales de esencia sino de accidente, como podría decir Tomás de Aquino y toda la escolástica, (teorías a las cuales eran tan proclive la clase dirigente de nuestro país y muy concretamente el señor Caro), es decir que no existían diferencias regionales y culturales entre por ejemplo la Costa Caribe y la Región Andina, sino que eran meros accidentes, pero donde lo que era de su esencia era la unidad, el ser una totalidad, eso, decía más arriba, en la medida que estaba dado, no era necesario problematizarlo. Sin embargo algo bien distinto sucede cuando la nueva Constitución nos declara pluriétnicos y pluriculturales.

En efecto, el artículo 7 dice : "El estado reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la nación colombiana" y más adelante, en el artículo 70 se reconoce la nación colombiana como multicultural, siendo esa multiculturalidad la base de la nacionalidad, al decir en uno de sus apartes que " La cultura en sus diversas manifestaciones es fundamento de la nacionalidad. El Estado reconoce la igualdad y dignidad de todas las que conviven en el país".

blemas que son de gran importancia para podernos comprender y reconocer y especialmente para construirnos como Nación, pues en este caso ni la nacionalidad ni la cultura están dadas, sino que se ve como un proceso de construcción. Veamos algunos de estos puntos :

1. Somos pluriétnicos y pluriculturales, lo cual significa, sin entrar a complejizar, que existen diversas etnias que de hecho tienen sus propias culturas, pero que más allá de esos grupos, también existe una diversidad de culturas dentro de los diversos grupos que forman el país.
2. Que la Nación colombiana se constituye a partir de la diversidad.
3. Que es la diversidad cultural el fundamento de la nacionalidad.

Con estos postulados que a su vez son mandatos constitucionales, nos enfrentamos a un nuevo lenguaje y a una nueva comprensión de nosotros mismos, pero con la dificultad de ser un proceso en construcción, lo cual en sí mismo no es necesariamente un problema, sino por el hecho de no estar acostumbrados a vivenciar esa construcción debido al lenguaje anterior. Mientras que ahora debemos comprendernos de manera dinámica en proceso permanente de transformación y construcción, porque una cosa es saberse de una manera determinada y otra muy distinta es hacerse responsable de sus propios procesos en una sociedad que debe aprender a saberse diversa en el sentido en que son múltiples comprensiones del mundo, múltiples maneras de aproximarse a un mismo problema, múltiples formas de representación, múltiples maneras de sensibilizarse, múltiples creencias religiosas, múltiples cruces de miradas en las relaciones y otras multiplicidades que vienen a ser lo que constituye nuestra unidad, lo que nos puede hacer fuertes como Nación.

.....Lo primero que hay que hacer en este proceso es, sin duda, aprender a ser multiculturales. Aunque hay varias maneras en que nuestra multiculturalidad se manifiesta y se vive, porque es un problema de vivencia, y una de ellas, como veremos más adelante, es el Carnaval, la verdad es que tenemos que comenzar la tarea pasando del lenguaje de la exclusión al del reconocimiento, de la pretensión de que todos deben pensar, actuar, sentir y creer de la misma manera a como lo hace un grupo que pretende encarnar esos valores, a saber que existen otros valores que también pueden enriquecer los míos y hasta transformarlos, y sobre todo a saber que el otro distinto de mí es el que me permite ser. Vale la pena aquí ilustrar lo anterior y concretamente el del lenguaje del deber ser, a título de ejemplo, citando un aparte del texto de Eduardo Posada Carbó sobre el "El regionalismo político en la Costa Caribe de Colombia" y publicado en el número de la Revista Aguaita. "El 6 de diciembre de 1947, la revista SEMANA publicó una serie de cartas en defensa del porro. La "tempestad de la protestas" la había originado una correspondencia anterior firmada desde Medellín, donde Fabio Londoño Cárdenas le negaba al porro su naturaleza musical, y lo reducía a una expresión de "salvajismo y brutalidad de los costefios y caribes, pueblos estancados y salvajes". Desde Barranquilla, Corozal, Cartagena, Magangué, Carmen de Bolívar, Sincelejo, y aún desde Bogotá, lectores indignados protestaron por las "ofensas al pueblo costeño", mientras defendían al porro como "el exponente fiel de la alegría de los que poblamos esta tierra". Un compositor que residía

"el exponente fiel de la alegría de los que poblamos esta tierra". Un compositor que residía en Bogotá advertía cómo los caribeños no se pronunciaban "contra los bambucos, pasillos, guabinas bundes y torbellinos que constituyen la expresión musical de los pueblos del interior". Y le criticaba a Londoño "su falta de sentido no ya musical sino colombiano por insultar a una región porque su música ha triunfado rotundamente en todo el país y en el exterior". Londoño, sin embargo, insistió en sus críticas. Más que la expresión de un pueblo, añadió en carta posterior, "estos aires imitan muy bien la bullaranga que hacen en el momento... una manada de micos..., o demás animales salvajes". SEMANA decidió cerrar la controversia en su edición del 13 de diciembre, tras afirmar que la revista estaba de acuerdo con el concepto de otro corresponsal de Medellín; "Los porros sí son una manifestación de cultura. De la cultura que tienen los costeños... Y no son muy explícito para no faltar a la moral". Este ejemplo es absolutamente marginal con relación a las personas que expresan su opinión, en el sentido que no se puede pensar que todos los antioqueños pensarán lo mismo, deja de ser marginal cuando es la revista misma, como medio de información de carácter nacional, quien califica a toda una región de inmoral, excluyéndola, por consiguiente, del sistema de valores que constituyen la Nación. Dicho en otros términos y buscando otras implicaciones, lo que la revista Semana le estaba diciendo a todos sus lectores, incluyendo los costeños, era que solamente se podían incluir dentro de la colombianidad aquellos costeños que consideran inmoral la música de su región y por vía negativa los invitaba a olvidar su música y su moral para adquirir la del interior como valor de la verdadera cultura.

Lo anterior no podemos decir que haya sustancialmente cambiado, sin embargo, hoy nos encontramos construyendo un nuevo proceso, que como todo proceso, no se da espontáneamente, sino que es necesario hacerlo y para hacerlo hay que inventarlo y construirlo para que lentamente se incorpore, se vuelva carne y hueso, se introyecte en el inconsciente. Y aquí, valga la mención, los "Diálogos de Nación" que como política cultural está desarrollando el Ministerio de Cultura, son primordiales y apuntan al centro del problema. Eso no quiere decir que no se pueda discutir la modalidad ya sea para ratificarse en ella o para transformarla, sino lo importante, lo verdaderamente esencial es que exista, como existe, una claridad con relación a la importancia inaplazable de construirmos como Nación.

Y es que la construcción de Nación no es simplemente un problema de mandato constitucional, es un problema que se inicia allí donde se declara la multiculturalidad, porque la multiculturalidad no es saber que existen diversas culturas y expresiones culturales en las distintas regiones colombianas y dentro de cada una de esas regiones, la multiculturalidad radica fundamentalmente en el reconocimiento de la existencia, pero también en la importancia y la necesidad de las otras culturas y de las expresiones culturales que tienen otros grupos o individuos que son diferentes a los míos, para que mi propia cultura exista y tenga un valor.

La multiculturalidad entonces no puede definirse, como lo escribí en otro texto, "por convivir en un mismo territorio político y geográfico diversas étnias con distintas lenguas, sino también por la existencia en las diversas regiones y subregiones de cualquier

mente abiertas y que se interrelacionan, se reafirman, se entrecruzan, se transforman, tienen códigos de identificación, pero también crean subgrupos dentro de alguna de ellas, los cuales generan nuevos desarrollos o crean nuevos intereses, sin que eso quiera decir que todos los del grupo pertenezcan al subgrupo, o que el subgrupo cree un nuevo grupo que busque independizarse, sino simplemente se constituyen diversidades al interior de ella. Dicho de otra manera, la diversidad cultural que se encuentra por todo un territorio nacional, también construye dentro de cada una de ellas otras formas de expresión cultural distintas de las formas principales, y muchas se constituyen en puentes para interrelacionarse con otros grupos. Más interesante aún, se pueden convertir en lugar de paso para que distintos individuos, pertenecientes a otros grupos culturales macros o micros, puedan ellos mismos pertenecer a varias culturas desplazándose de una a otra" es con todos estos elementos y las variantes que ellos conllevan que tenemos que concientizar nuestro proceso de construcción y transformación de Nación.

Puede parecerles curioso a algunos la insistencia en la noción de construcción de Nación, porque de alguna manera se afirma que a pesar de los lenguajes utilizados la mayoría de los pueblos tienen una plena comprensión de su vivencia como seres pertenecientes a una Nación y muy seguramente pueden reconocer fácilmente sus héroes, sus valores y en general todo aquello que los puede unir más allá de sus diversidades y por sus diversidades. Sin embargo, pienso que no podemos decir lo mismo del caso colombiano, porque aquí nacimos divididos entre dos héroes, creo habérselo oído decir a Jesús Martín Barbero, y tiene razón, porque no solamente nacimos individuos sino además excluyéndonos, excluyendo a los indígenas, excluyendo a los negros, excluyéndonos a nosotros mismos por mulatos o mestizos, pero también allí donde los otros pueblos no tienen dudas en lo que pueden representar sus héroes fundadores, como puede ser Washington para los Norteamericanos, o Napoleón o inclusive Luis XIV para los franceses, o San Martín para los Argentinos etc, etc, nosotros descalificamos a Bolívar si somos santanderistas, o a Santander si somos bolivarianos. Necesitamos con carácter urgente construir símbolos, lenguas, íconos triunfantes, valores de reconocimiento, tenemos que, para citar a Italo Calvino, "buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio"¹.

Dentro de estos símbolos y lenguajes que no es necesario construir porque se encuentra ahí, pero que es importante reconceptualizar en la dirección de la construcción de Nación no hay la menor duda que uno de ellos es el del Carnaval y de las fiestas en general.

Mucho se ha escrito sobre el Carnaval, desde su relación con lo dionisiaco en Grecia y las saturnalias romanas, pasando por el carnaval medioeval rural y después el urbano en el renacimiento, hasta los textos escritos en clave para los socios del club de expertos, como pueden ser los de Bajtin, en los que el carnaval es una inversión de oposi-

¹ Abello, Ignacio. De Zubiria, Sergio. Sánchez, Silvio. Cultura: Teorías de Gestión. Ediciones Unariño. 1998.Ps. 191, 192.

expertos, como pueden ser los de Bajtin, en los que el carnaval es una inversión de oposiciones semióticas binarias, lo cual dicho en otras palabras, es lo que siempre se ha dicho y con algunas variantes se sigue diciendo y haciendo : la inversión de valores, el cambio de roles, el triunfo temporal del dominado sobre el dominador.

Pero el Carnaval igual que cualquier otra expresión cultural se va transformando, y a pesar de mantener hilos con su pasado que le permiten seguir llamándose Carnaval, él es lo que manifiesta y lo que expresa en cada momento y en cada circunstancia de un proceso cultural. En ese sentido es posible que en un momento dado deje de ser, deje de existir, porque los momentos constitutivos, que no los formales, que le permiten estar vivo pueden desaparecer, pueden dejar de tener un peso social o cultural, o puede acontecer que los procesos de construcción social específicos se transformen, en cualquier dirección, de tal manera que hacen imposible que una fiesta como el Carnaval, o como cualquier otra tradición cultural, pueda seguir dándose y simplemente deje de existir, eso sí con la posibilidad remota de renacer, en otras condiciones y en otras circunstancias*.

Porque sucede que la cultura es un ente vivo y obedece a procesos sociales internos que la hacen surgir de una manera determinada e igualmente la hacen transformar en una u otra dirección y no se puede forzar su manifestación so pena de caer en estereotipos grotescos como sucede, para citar dos ejemplos, uno, en los Estados Unidos en el poblado de Williamsburg donde en el hotel se encuentra puesta la mesa y servida la comida donde se va a sentar Washington a comer y a conspirar sobre la manera de lograr la independencia americana; donde los habitantes del pueblo deben vestirse a la usanza de la época y transportarse en coche conducidos por esclavos negros, donde los soldados se visten de azul y no de Mariners, donde cada casa se encuentra habitada por artesanos de verdad, que hacen piezas artesanales muy bellas, pero del siglo XVIII, y todas las mañanas se leen los bandos correspondientes con redoble de tambor incluido, para que los turistas que se alojan en hoteles que se encuentran por fuera del perímetro de la población, puedan oírlos y obedecerlos. El otro ejemplo, de los múltiples que existen, lo encontramos en el Amazonas, donde los indígenas Ticunas están alertas para el momento en que se acerca la lancha con los turistas, para quitarse los bluyines y disfrazarse de indígenas.

Entonces, la expresión que se utiliza con relativa frecuencia según la cual hay que buscar el verdadero Carnaval, o lo que queda de Carnaval, o en general, de cualquier otra expresión cultural tradicional, es, a mi juicio, una expresión vana, que carece de sentido dentro de una comprensión de la cultura como proceso dinámico. Porque de hecho, como decíamos más arriba, cuando los elementos específicos que lo hacen surgir y le dan existencia desaparecen o se transforman radicalmente, también esa expresión, en este caso el Carnaval, desaparece. ¿Por qué han desaparecido tantos carnavales en tantas ciudades del planeta ?, ¿ Por qué, para ser más específico, desapareció el Carnaval de Santa Marta y en Popayán ? no será, y lo formulo como hipótesis a desarrollar, porque en ambas ciudades desapareció uno de los elementos de la oposición binaria necesarios en la confrontación. En las dos ciudades existía una clase dominante con pretensiones aristocráticas, con dis-

* Calvino, Italo. Las Ciudades Invisibles. ed Minotauro. Pag. 175

tintas características sí, pero con cierto tipo de pretensiones que las asemejaba. Dos ciudades que por paradójico que parezca tenían unos elementos en común, eso sí dados por circunstancias diferentes, y con una o dos honrosas excepciones, esos elementos que las semejaba eran : que en ninguna de las dos ciudades existía esa clase de trabajo, que en ninguna de las dos se produjo riqueza, y que en ninguna de las dos se invirtió en industria o en la misma ciudad. Antes por el contrario, esas dos clases vivían de la explotación de tierras que en sentido estricto no les pertenecían y además eran explotadas por terceros, en las dos, el poco o mucho dinero que entraba se gastaba inmediatamente y por eso mismo cuando las circunstancias cambiaron quedaron en la miseria ellos y sus ciudades y las relaciones de poder se atomizaron, se difuminaron, no se supo más cómo ejercer ese poder ni como resistirlo y por eso no hubo a quién hacerle la resistencia simbólica del Carnaval. Esas clases se encerraron en los clubes sociales donde construyeron una débil resistencia contra nuevos grupos sociales emergentes que rápidamente se los tomaron, en la medida que muchos de sus socios se convirtieron en emergentes. Allí no tenía nada que hacer el Carnaval, allí estaba condenado a desaparecer como en efecto desapareció y por eso se perdió en cualquier rincón de un club olvidado.

El Carnaval entonces, va adquiriendo en cada lugar sus propias características, su propia historia y su propia dinámica, por eso son tan diferentes los distintos carnavales aunque mantengan elementos de carácter formal que los asemeje, como la cuaresma, que hoy en día no tiene ningún sentido como prohibición real del consumo de la carne ya sea animal o de relación sexual. O también de nombres como pueden ser la Batalla de flores y la Gran Parada. Por otra parte, se crean nuevas fiestas que son únicas por sus nombres y por el tiempo en que se llevan a cabo, como es el caso de La Guacherna en el Carnaval de Barranquilla. Esa dinámica social y cultural es la esencia del Carnaval y repito, no puede irse a buscar o a dolerse por los cambios que se puedan dar dentro de él como una traición a una tradición, por que entonces habría que remitirse a las procesiones dionisiacas o al Carnaval del medioevo y desde ese punto de vista no existiría ningún Carnaval.

Desde esta perspectiva, el Carnaval ha seguido siendo Carnaval y aunque ya no existe lo que pudo en un momento considerarse su eje central, es decir, el ser una fiesta perversa en la medida que permitía lo que iba a prohibir y de esta manera el grupo dominante ratificaba su poder, llamárase iglesia, o nobleza, o aristocracia, o burguesía. Pero esas relaciones de poder han cambiado en buena parte, ya no son relaciones de exclusión en las cuales las posibilidades de resistencia quedaban reducidas a formas simbólicas como era el carnaval, donde las posibilidades de confrontación eran manejadas para mayor beneficio del grupo dominante. No, esas relaciones de dominación se han transformado e inclusive se han polarizado pues en algunos sectores o regiones se han convertido en actos de violencia, pero en otras la resistencia como expresión de libertad ha modificado la estructura social. Al respecto Michel Foucault dice : "lo que define una relación de poder es un modo de acción que no actúa directa e inmediatamente sobre los demás, sino que actúa sobre su actuar propio. Una acción sobre la acción, sobre acciones eventuales, o actuales, futuras o presentes. Una relación de violencia actúa sobre un cuerpo, sobre cosas : forza, doblega, rompe, destruye : cierra todas las posibilidades ; no tiene pues en su entorno un (sic) poco distinto al de la pasividad, y si encuentra una resistencia, no

tiene una salida distinta a la de reducirla. Una relación de poder, por el contrario, se articula con base a dos elementos que le son indispensables para ser justamente una relación de poder. Que "el otro" (aquel sobre quien se ejerce) sea reconocido y mantenido hasta el final como sujeto de acción, y que se abra ante la relación de poder, todo un campo de respuestas, reacciones, efectos e invenciones posibles".

El Carnaval se ha transformado dentro de nuevas relaciones sociales de poder en el que las formas de expresión simbólica adquieren nuevas características y excluyen, por un lado la parte perversa mencionada de ratificación de un poder a partir de una permisión, y por otra, la violencia. El Carnaval en Colombia y muy concretamente el de Barranquilla y Pasto muestran el juego de nuevas formas de poder dentro del carnaval mismo y dentro de las estructuras sociales que los construyen, allí es clara la dinámica en el que las formas de resistencia pueden pasar a ser dominación, como en el caso de los disfraces y las comparsas en el que los participantes desarrollan formas estéticas acordes con unas convenciones determinadas y en ese sentido hay una aceptación de lo que se impone, o formas de ruptura con esas convenciones que buscan de manera lúdica crítica romper con estructuras que buscan mantener formas perversas de lo social, de lo político o de la moral.

El carnaval entonces es un espacio donde confluyen, en un mismo tiempo, las más variadas manifestaciones de valores, deseos, sensualidad, corporeidad, sexualidad, sueños y también frustraciones que no trascienden más allá de esos cuatro días mágicos, porque El carnaval no es un proyecto, es una vivencia individual o colectiva y su mayor particularidad radica en la posibilidad de participar de la vivencia del otro o de los otros. Por eso es una de las fiestas que permite la mayor comprensión de la interculturalidad, para el que esta fuera de él, y la mayor vivencia para el que se encuentra dentro de él, en la medida que no solamente hay una comprensión de la necesidad de la expresión del otro para mi propia comprensión, sino que al mismo tiempo existe la posibilidad real de intercambiar los roles, de transvestir una conducta en la conducta del otro, de admirar y criticar, pero también de subvertir sin excluir. Inclusive en un carnaval como el de Sibundoy que es exclusivamente indígena y donde no participan los demás grupos que habitan la región, también se manifiestan las formas multiculturales, por cuanto se da un reconocimiento con plena aceptación, por parte de esos otros grupos de esa otra manifestación como parte integral de la diversidad cultural que existe en la región.*

Por lo anterior, el Carnaval se constituye en uno de los elementos fundamentales de construcción de Nación, dentro de las perspectivas de la multiculturalidad, que como ya hemos dicho, son muy distintas de aquellas que pretendían imponer unos valores comunes para todos. No, desde la multiculturalidad y desde el carnaval como parte fundamental de ella partimos de la región, porque la Nación se construye a partir de su diversidad. Desde la multiculturalidad y el carnaval se reconocen las formas vitales de expresión de otras fiestas como puntos de unión y de diferenciación que nos acercan y nos permiten ser lo que somos. El Carnaval recibe, El Carnaval con-vida.

* Foucault, Michel. El sujeto y el poder Revista Texto y Contexto. No. 35 ps 21-21